

## IV.

## PERSEVERANCIA.

Julia necesitaba además de alguna cosa que la consolase de los amargos sinsabores domésticos, que aún en tierna edad la abrumaban ya.

La pobre niña era en su casa, entre su familia, muy desgraciada: su madre tenía un carácter despótico y cruel: su padre era un hombre débil y casi dominado por su esposa: tenía además tres hermanos, á los que cuidaba como si hubiera sido á un tiempo mismo su niñera, su planchadora y su modista.

Si tú, lector mio, creyeras que el haber tenido Julia maestro de pintura era un efecto del cuidado de sus padres, por cierto que te equivocarias: Dios, que todo lo puede, que todo lo sabe y que lee en las almas de los mortales, habia querido que su padrino fuese aquel gran pintor desconocido de todos, aquel genio que hubiera sido la gloria y el orgullo de su patria, á no ser porque su humor hipocondriaco y maniático le habia condenado á una perpétua y voluntaria oscuridad.

Don Pablo, que éste era su nombre, quiso enseñar su arte á Julia; pero era tan exigente, que jamas la pobre niña le mereció ni una alabanza, ni un signo de apro-

acion, ni una palabra que la animase y fortaleciese.

Pocos meses despues de haber muerto D. Pablo vió Diego Blanfort á Julia en una pequeña reunion que daba el padre de otra de sus discípulas: chocóle su linda figura y su aire triste, preguntó quién era, y el dueño de la casa le presentó á la jóven y á su padre, que le ofreció la suya.

Pocos dias despues era gratuitamente el maestro de Julia; pues ni su padre podia pagarle, ni su madre hubiera consentido, áun pudiendo, en *malgastar* el dinero en tonterías, como ella, en su *buen* criterio, llamaba á las artes.

Aquellas dos almas jóvenes y entusiastas se comprendieron en breve y fueron unidas por la más tierna simpatía: la hora de la leccion se pasaba en dulces miradas, y Diego no sabia qué admirar más, si la gracia de su discípula ó el radioso talento que ni siquiera habia sospechado en ella, y que se desplegaba ante sus ojos en rayos de viva y esplendente luz.

Un dia que habia salido la madre de la jóven, que los niños jugaban y que Diego habia adelantado un poco, en su ánsia de ver á Julia, la hora de la leccion, el maestro asió la mano de su discípula y le dijo con acento conmovido y apasionado:

— ¡Julia..... yo te amo!

La jóven le miró ruborizada, pero no sorprendida.

— ¿Me quieres tú? añadió Diego, que habia cambiado súbitamente el mesurado *usted* por el dulce *tú* de la verdadera pasion.

— ¡Sí! respondió la niña, que temblaba de emocion como la hoja agitada por el huracan.

— ¿Querrias ser mi esposa?

— Sí, respondió también Julia, cuyo ingenuo corazón palpitaba como el ala de una paloma.

En aquel instante entró la madre de Julia y ambos jóvenes se inclinaron sobre el caballete.

Pero el pincel de Julia adelantó poquísimo aquel día: su pequeña y blanca mano temblaba: á cada instante le decia Diego casi al oído:

— ¡Cuánto te amo, Julia, y cuánto tiempo hace que deseaba decírtelo!

La madre, creyendo que eran advertencias relativas al arte, se iba á dar una vuelta á la cocina, y entonces contestaba Julia:

— ¿Por qué no me lo has dicho ántes?

— Temia que no me correspondieras.

— ¡Si yo te queria mucho también!

Cuando la madre de Julia ocupó definitivamente su asiento, Diego dió fin á la lección, no sin haber dedicado á Julia una larga y amorosa mirada, y se dirigió á su casa pensativo y preocupado.

Así que llegó á ella se encerró en su cuarto; pero tardó muy poco su hermana en sacarle de su distracción de un modo bastante brusco.

Venia Natalia con las mejillas rojas y los ojos encendidos de indignación: arrojóse sobre una silla y quiso hablar; pero era tal su cólera, que no le permitia articular una sola palabra.

— ¿Sabes lo que pasa? exclamó por fin con voz ronca y ahogada por la ira.

Diego hizo un gesto negativo.

— Pues has de saber, continuó Natalia, que nuestra madre está casada en secreto hace nueve años, y que su señor marido, cansado ya de vivir como un sastre de portal que es, se nos ha metido hoy en casa, trayéndonos una niña que ya cuenta ocho años.

Diego se encogió de hombros: dió una vuelta por la estancia, y luego, deteniéndose delante de su hermana, dijo:

— A mí poco me importa todo eso.

— ¡Qué escucho! ¿así lo tomas? exclamó Natalia exasperada.

— Me voy á casar, respondió Diego.

— ¡Tú también!

— Sí: ya ves cuán poco puede importarme todo lo que haga nuestra madre.

— ¡Sólo esto me faltaba! gritó Natalia hiriendo el suelo con su pié, que por cierto no tenía nada de pequeño: ¡y yo! ¿qué haré yo? ¿qué será de mí, sola al lado de ese hombre grosero y al cual aborrezco?

— ¿Quieres venirme conmigo? preguntó Diego á su hermana. Julia es una niña amorosa y buena; que se avendrá á ello y te querrá mucho.

— Pues me iré con vosotros, contestó Natalia: mejor he de estar que aquí.

— Es que te prevengo que marchamos á establecernos á París: estoy cansado de Madrid, donde no hay entusiasmo por las artes: allí dicen que se gana mucho dinero, y aún habrá quien se acuerde del nombre de nuestro padre: estos recuerdos podrán servirnos de mucho á Julia y á mí para hallar trabajo.

—¿Pero piensas permitir que tu mujer trabaje?

—Su más vivo deseo es consagrarse á la pintura, y no seré yo quien la contrarie.

Un mes despues se verificó el casamiento de Julia y Diego.

La novia estaba radiante de contento, ruborizada de felicidad, palpitante de emocion; sin ser muy bonita, hubiera sido difícil encontrar una figura más casta y más poética bajo un traje blanco de muselina.

Diego la miraba con embriaguez: en realidad, Julia era la primera mujer á quien verdaderamente habia amado hasta entónces: ella estaba dotada de mil bellas cualidades para hacerse querer, y no podia desearse compañera más agradable para embellecer la vida.

En todo aquel mes, que habian pasado en la casa maternal los dos hermanos, no habian visto ni una sola vez á su padrastro: les habian servido la comida en la habitacion de Diego, y sólo la niña Adelina era la que se atrevia á entrar donde se hallaban, y la que cambiaba con ellos algunas palabras.

Adelina era viva como una centella, si bien nada tenia de bonita: su tez pálida y trigueña, sus ojos llenos de fuego, y sus labios delgados y de un color rosa bajo la destitucion de esa frescura peculiar de la infancia, que es tan agradable á la vista; sin embargo, se apegó á los dos hermanos con un extremado cariño, y la ociosa Natalia, que se aburría todo el dia, empezó á jugar con la niña, por la cual sabia cuanto pasaba en la casa.

Terminada la ceremonia nupcial, los novios y Natalia, que ya formaba parte de la nueva familia, pasaron á ca-

sa de Julia: Adelina los siguió, y el corazon de Julia se oprimió dolorosamente al ver á las hermanas de su esposo.

Adelina no era una niña como sus hermanos, y Natalia distaba mucho de parecerse en nada á ella, tan graciosa, tan delicada y suave, tan artista, en un palabra.

En la misma noche salieron para París los dos esposos y la hermana mayor de Diego.

Julia iba triste y lloraba pensando en sus padres y en sus hermanitos. Su marido la consolaba en voz baja. Natalia se durmió en un rincon del carruaje, dejando oír muy pronto su sonora respiracion.

Al llegar á París se instalaron en una fonda lujosa, en tanto que los jóvenes esposos buscaban una habitacion modesta; y Natalia, que conservaba su desenvoltura de actriz adocenada, se pasaba muchas horas asomada al balcon de su cuarto, que caia á un patio interior, en el cual se abrian las ventanas de otras muchas habitaciones de la casa, ocupadas por artistas y negociantes.

V.

LA LUNA DE MIEL.

Julia pasó dos meses absorta en una felicidad completa y profunda.

Amaba y era amada : hé aquí resumida en estas palabras la dicha de una criatura tan buena, tan noble, tan pura como aquélla.

Era una niña en la figura y en el alma. Su estatura llegaba apénas á mediana, y era delgada, sin ese exceso perjudicial á las formas de la mujer : sus ojos azules eran grandes y dulces; su tez, blanca y rosada; sus cabellos, de un rubio que se acercaba al castaño más claro y más brillante; su boca, pequeña y encendida; noble y despejada su frente, sin ostentar una deforme anchura; su talle, delicado como sus manos y piés.

Tal era Julia : no podía inspirar á primera vista una pasión súbita, pero era imposible conocer lo que valia sin sentir por ella un afecto profundo y duradero.

Parecíale que vivía en el cielo con el amor de Diego, y no era extraño : como ya queda dicho, había estado colocada durante toda su vida entre su madre, mujer despótica y dura, y su padre, hombre apocado, pusilánime,

y que se dejaba dominar por el ridículo yugo de su esposa.

Diego tenía una figura interesante : era un jóven de estatura alta y esbelta, tez morena, cabellos castaños y hermosos ojos oscuros : sus modales eran nobles y distinguidos; su moral intachable; amaba á su esposa con extremo, y ésta daba gracias á Dios todos los días por la dicha que le había otorgado.

En cuanto á Natalia, apénas pensaba en ella : no sabía si Diego le daba dinero, si le hacía regalos ó no : la pobre Julia, con esa inocencia sublime, con esa abnegación generosa de las almas cándidas que han vivido lejos del mundo y su contacto, se decia á sí propia :

—Yo nada tenía y vivía triste en medio de mi familia, que no me amaba : todo se lo debo á Diego, empezando por mi felicidad.

De esta suerte Julia agradecía tiernamente, y como una prueba de amor, un vestido ó un chal que le comprase su marido : algunas veces tenía también caprichos inocentes, que eran satisfechos sin réplica, y la jóven rebosaba siempre de dicha y de gratitud hácia Diego.

Encontraron, por fin, una habitación muy modesta hácia el fin de la calle Vivienne : constaba de una salita para los esposos, de otra para Natalia, de un cuarto espacioso para taller, de un cuartito para la criada, de una cocina y de un comedor muy reducidos : en el taller colocó Diego su caballete y sus modelos, y en el lado donde había mejor y más clara luz, uno pequeño para Julia : delante de aquel caballete se colocó un lindo silloncito para la jóven, y á su derecha un pequeño estante de ce-

dro con algunos libros de Historia, adornados con grabados de gran mérito, y que Diego pagó para su esposa á muy subido precio.

La habitacion de Natalia se adornó modestamente con un lavabo sencillo, un tocador y algunas sillas de paja.

En la habitacion conyugal eran los muebles más ricos y más bonitos : se habia consultado para comprarlos el gusto de Julia, que era exquisito.

Natalia puso muy mal gesto al ver lo que ella llamaba *distinciones* : se creia con más derechos, siendo la hermana de Diego, que Julia, que era *sólo* su esposa, y le parecia lo natural que todas las preferencias fuesen para ella.

Julia no se apercibió de aquella mala impresion : apenas miraba á su cuñada, y se limitaba á contestarla cuando le hablaba, sin entablar jamas por sí misma ninguna especie de conversacion.

La jóven artista ardia en deseos de pintar : parecía que hacia siglos que no habia manejado el pincel, y saltaba de gozo al pensar que podria dedicar á él cuanto tiempo quisiera, cuando en casa de sus padres nunca podia destinar algunas horas *á ser feliz*, como ella decia.

Así es que desde que tuvo un poco en orden su casa, se sentó delante de su caballete, extendió un lienzo en él, y abriendo los tomos que le habia regalado su marido, buscó en ellos un grabado que sirviese para un cuadro de composicion, y se puso á trabajar con ardor, dirigida por Diego.

La jóven no pensó ni por un instante en que las lecciones de su anciano amigo D. Pablo le pudiesen servir de algo más que de diversion, ni que le pudiesen proporcionar otra utilidad que *la de ser feliz*; pero el dia mismo que acabó su cuadro oyó decir á su marido, que lo contempló con muestras de gran admiracion durante largo rato :

— ¡Esta obra es magnífica y podria venderse muy bien!

Otra mujer de más mundo, ó de ménos inocencia, hubiera hallado por lo ménos muy extraño que su marido tuviera tal prisa por vender su primera obra; pero Julia, agradablemente sorprendida, exclamó :

— ¡Cómo! ¿podria yo ganar algun dinero?

— Mañana lo verás, querida mia, respondió Diego dándole un beso en la frente.

En efecto, al dia siguiente vino un comisionista, vió el cuadro y ofreció por él setecientos francos.

Julia creyó soñar al oirlo, y aquella extrema sorpresa no le permitió reparar que su marido disputaba la posesion del cuadro, y que llegó á sacar por él mil quinientos francos.

El cuadro salió del taller, sin que Diego se conmoviese en lo más mínimo; pero un observador inteligente podia haber visto muy bien una gruesa lágrima suspendida de las pestañas de Julia.

La pobre niña no sabía darse cuenta del sentimiento que experimentaba; sin embargo, si le hubieran dicho que aquel cuadro iba á colocarse en su cuarto, hubiera sido muy dichosa.

## VI.

## NUBES.

Aquella noche, al tiempo de irse á acostar, dijo Diego á su mujer :

— Querida mia, mañana, si no te parece mal, compraré un sombrero á mi hermana, que me ha dicho lo desea mucho.

Lo natural, despues de estas palabras, hubiera sido que Julia hubiera preguntado :

— ¿Y por qué no me lo dice á mí?

Pero no fué así : esta reflexion tan sencilla, si bien brotó en aquella alma generosa, no subió hasta sus labios : Julia se sonrió con dulzura y contestó :

— Sí, cómpraselò, querido Diego, y que sea bonito : se lo regalo yo del precio de mi cuadro.

Esto era á entradas de Mayo, y Julia llevaba aún el sombrero de terciopelo que habia usado todo el invierno ; pero ni á su marido le ocurrió reparar en esto, ni á ella tampoco se le ocurrió hacérselo notar.

Natalia fué, pues, engalanada con un sombrero de crespon blanco con ramos de lilas de una frescura encantadora, y que nõ decia mal con su cara morena y redonda.

Poco á poco fué quedando Julia reducida á un círculo tan estrecho, que casi no podia moverse en él : una niña de diez años colocada bajo la autoridad materna no podia estar más oprimida ni podia tener ménos libertad : su juventud, su inexperiencia, su amor á su marido, y el temple excesivamente generoso de su alma, la habian llevado á tal extremo, y es más fácil concebirlo que explicarlo, pues estos terribles é invisibles dogales se forman para la esposa de mil nada, que constituyen un todo, una realidad amarga y dolorosa.

Julia jamas habia tenido en su poder la más pequeña cantidad de dinero : la posicion bastante precaria de sus padres, y su natural desprendimiento, se habian opuesto á ello : sus hermanos, menores que ella, pedian y recibian algunos reales para comprar juguetes y golosinas ; ella no pedia nada jamas. Cuando pasaba por algun puesto de flores, se quedaba mirándolas como arrobada, pero en su alma no cabia el pensamiento de que el dinero sirviese para adquirir lo bello : si le hubieran regalado un ramillete, se hubiera tenido por dichosa ; un dia que le dieron uno le copió en un lienzo, y cuando despues deseaba flores, iba á ver aquellas que su mano habia reproducido y que tenian tan larga y hermosa vida.

Su marido, al casarse, no le hizo entrega de los fondos de la casa, no le habló de los asuntos pecuniarios, no la impuso, en fin, en ninguna de esas realidades de la vida que, por prosaicas que sean, son tan precisas para el reposo de una mujer honrada, cuya sola dicha está en el afecto y confianza de su marido, en la tran-

quilidad y el buen orden de su hogar. Julia tampoco preguntó nada; se dejó mecer por los dulces sueños de su amor primero; tenía algunos lindos vestidos de seda; tenía su caballete donde pintar cuanto quisiera, y tenía el amor de Diego: ¿para qué necesitaba más?

Empero en los hombres el entusiasmo de la pasión pasa muy pronto. Diego, que era lo que se llama un *marido bueno*, porque no jugaba, no se embriagaba ni se le conocían queridas, era también un hombre positivo, algo frío y bastante egoísta.

Julia, abrumada por un malestar desconocido, que era la falta de amor y de luz, se entristeció, adelgazó y dejó de tener caprichos: el tenerlos era en ella una exuberancia de vida y de cariño: el no tenerlos era su estado natural: el pedir equivalía en ella á una protesta de amor: el no desear volvía á ser la atonía y el hielo del positivismo que había rodeado desde la cuna á aquella joven alma.

Diego llegó á olvidarse de que su mujer rompía calzado y guantes, de que en el verano necesitaba sombrilla, de que en el invierno necesitaba paraguas, de que sus vestidos se ponían viejos; pero no era extraño, porque también Julia se olvidaba de todo esto; asombrábase profundamente de que su equipaje se pusiera deslucido, y afligida y avergonzada se ocultaba de las miradas de Diego para recoserlo y para reformar sus vestidos después de dos años de continuos servicios.

La prosa de la vida no cabía en aquella naturaleza poética y noble: necesitaba de una mano cariñosa que le fuera mostrando los mil abrojos de la existencia, y

aquellos abrojos debían herirla sin compasión y sin que nada bastase á curar sus heridas.

Al lado de Julia, ya pobremente vestida y ya también profundamente triste, descollaba la figura de Natalia, coquetamente ataviada con el dinero que su madre le enviaba y con el que ella pedía á su hermano: éste, que era tirano y avaro para su tierna y enamorada esposa, era débil en extremo para su varonil hermana: el carácter de Diego, que en sociedad era vago y casi indefinible, no ofrecía medias tintas en la vida doméstica: ó se dejaba dominar de un modo visible, ó dominaba él con el más duro despotismo.

Un día que trajeron á Natalia cuatro pares de botitas nuevas, Julia sintió hervir dentro de sí misma cierta cosa ardiente que subió hasta sus mejillas convertida en púrpura: sin decir una palabra, sacó de debajo de los pliegues de su falda su pequeño pié y mostró á su marido lo deteriorado de su calzado, que mostraba por dos ó tres agujeros la delicada blancura de su media.

— ¿No tienes otras botas? le preguntó su marido con admiración, pero con semblante contrariado.

— No, respondió secamente la joven.

— ¡Pues mira, lo siento! hoy cabalmente me hallo sin un cuarto.

— Podíamos haber partido el gasto tu hermana y yo.

— Querida mía, respondió Diego, mi hermana se viste de su cuenta, y es mi madre la que la envía dinero para sus gastos.

Julia no halló una sola palabra que contestar; pero su marido continuó:

— La vida en París es muy cara, y es excesivo el gasto que llevamos: hay que tomar algunas medidas para precaver la ruina que nos amenaza.

La jóven le miró afligida: ¿cómo podía ser grande el gasto de su casa, cuando su mesa era tan pobre, su habitacion tan mezquina, y cuando ella misma desempeñaba una parte de los quehaceres domésticos por no tener más que una sola criada?

— Es preciso, prosiguió Diego, que reduzcamos nuestra mesa, porque, créeme, Julia mia, me hallo en extremo apurado: nada habia querido decir por no affigirte; pero ya es fuerza que lo sepas.

— ¡Dios mio! exclamó la jóven, que ante la idea de que su marido sufría se olvidó de todo lo demas: ¿por qué no me has dicho tus penas, Diego?

Luégo, como asaltada de una idea súbita y feliz, brillaron sus ojos, y tomando la mano de su marido, le preguntó con timidez, casi con temor:

— ¿No podría yo ganar algun dinero?

— ¡Oh, quién lo duda! respondió Diego con entusiasmo: el comisionista que compró tu primer cuadro pagaría á buen precio cuantos hicieras.

— ¿Será posible?

— Nada hay más cierto.

— Voy, pues, á concluir la Anunciacion de la Virgen y le llamaremos para que se la lleve: ¡oh, mi querido Diego, qué dichosa seré pudiendo ayudarte en algo!

Julia abrazó á su marido con los ojos llenos de lágrimas de emocion, y se fué corriendo á sentarse delante de su caballete.

Desde aquel dia se hizo esclava de un trabajo asiduo y casi febril, y el cuadro se acabó en breve, produciendo la suma de dos mil francos, que para un pincel novicio era exorbitante.

Julia no los vió reunidos más que un instante: su marido los cobró y dijo:

— Querida mia, nada habia querido decirte; pero tengo algunas deudas de soltero.

— Págalas ahora, respondió Julia con una sencillez llena de nobleza.

— Sí..... pagaré una parte.

— ¿Tantas son?

— Deberé..... así..... unos cuarenta mil reales.

— ¡Dos mil duros!

— Sí, allá..... en Madrid..... y me acosan á cartas.

— Pues bien, envia ahora eso á tus acreedores y trabajemos los dos para pagarles pronto.

Diego no respondió de otro modo que guardándose el dinero en el bolsillo.

Aquel dia empezó Julia otro cuadro, y su marido le llevó dos pares de botitas de uno de los más afamados zapateros de París.

Al ver su pié tan bonito y tan coquetamente calzado, Julia se olvidó de todo lo demas.